

El rostro cambiante del enemigo interno

IAN LAVERY :: 31/03/2024

Hace cuatro décadas, Thatcher etiquetó a los mineros como «el enemigo interior» y el ministro del Interior Leon Brittain calificó a los dirigentes mineros de extremistas

Hace cuarenta años, un gobierno decidido a hacer todo lo posible por destruir a la clase trabajadora organizada británica impuso a los mineros y a las comunidades mineras un conflicto que se prolongaría durante décadas. Entonces, como ahora, hombres y mujeres corrientes y trabajadores, que simplemente luchaban por aquello en lo que creían, fueron difamados por los titulares de los más altos cargos de Gran Bretaña.

Durante aquel conflicto, la Primera ministra Margaret Thatcher describió a los mineros como «el enemigo interno» y el ministro del Interior Leon Brittain calificó a los dirigentes mineros de extremistas y a los mineros en huelga de practicar el gobierno de la turba.

El lenguaje debería resultar familiar a los seguidores de la política británica de los últimos tiempos. Médicos y enfermeras en huelga calificados de militantes, manifestantes contra el cambio climático acusados de odiar a Gran Bretaña y, más recientemente, los que protestaban por pura frustración ante la negativa británica a pedir un alto el fuego en Gaza definidos como «manifestantes del odio».

En 1984, el gobierno desprestigió voluntariamente a la gente corriente para permitir un cambio fundamental hacia una economía de libre mercado que sigue devastando nuestro país, aplastando al mayor defensor de la clase trabajadora organizada, el Sindicato Nacional de Mineros. Hoy, un gobierno odiado por amplias franjas del país y a la caza de un tema que cambie la marea, utiliza las mismas tácticas para intentar aferrarse desesperadamente al poder. Ayer fueron los mineros, hoy son los musulmanes

La semana pasada, nuestro Primer ministro no electo apareció en las escaleras de Downing Street para hacer declaraciones desquiciadas sobre el estado de la nación. El diminuto líder tory apareció detrás de la tribuna del gobierno haciendo afirmaciones increíblemente peligrosas que mancharon a cientos de miles de personas en todo este país. Aunque no pronunció las palabras, estaba claro que su intención era definir y señalar a un nuevo enemigo interior.

Aunque la gente pueda despreciar las palabras de Rishi Sunak, no hace tanto de los pronunciamientos de Margaret Thatcher, cuando pude sentir el poder del Estado caer directamente sobre mí. Al llegar a la central eléctrica de Blyth, en Cambois, en marzo de 1984, me uní a los piquetes de Escocia y de todo el noreste. A los pocos minutos de llegar, la policía me apartó de la multitud y me asaltó y enjauló como a una bestia salvaje en un vehículo de metro y medio por metro y medio sin ventanas, junto a decenas de otros mineros. Estuvimos detenidos durante horas en condiciones horribles sin tener ni idea de dónde estábamos y procesados en el tribunal de magistrados de Ashington. Un agente al que nunca había visto antes afirmó ser quien me había detenido y fui absuelto por este tecnicismo, a pesar de no haber cometido ningún delito.

Aunque Orgreave sigue siendo el ejemplo más destacado de violencia estatal en la huelga, hubo miles de casos durante el conflicto minero. En una ocasión, recuerdo que estaba en Whittle Colliery, justo al lado de la A1, y de pie en la cima de la colina mientras formaba un piquete. De repente, fila tras fila de furgones celulares empezaron a subir por la carretera. Cientos de policías se enfrentaron a nosotros, persiguiendo a los piquetes pacíficos hasta el patio de la mina, desatando la violencia y el arresto de los hombres.

Aunque sigue habiendo ejemplos destacados de fracaso policial, la retórica del gobierno aún no se ha cristalizado en ejemplos masivos de violencia estatal contra los manifestantes de hoy. Sin embargo, los siniestros mensajes procedentes de las más altas esferas del gobierno están encontrando una salida violenta al habilitar acciones de la extrema derecha. La visión de los saludos nazis en *Whitehall* el Día del Recuerdo, después de haber sido envalentonados por el entonces ministro del Interior, fue un ejemplo horrible de lo que me temo que está por venir. La retórica de las altas esferas está difamando a la gente corriente y poniéndola en peligro de sufrir graves daños.

Solidaridad

La razón por la que estuvimos tan cerca de la victoria durante nuestro conflicto es algo de lo que deberían tomar nota quienes hoy buscan justicia. Nuestra lucha contra el poder del Estado por salvar a comunidades enteras se sustentó en dos pilares fundamentales. La solidaridad de la clase trabajadora y la movilización de los nuestros. El grado en que los hombres y mujeres de las comunidades mineras se vieron obligados por las circunstancias a alcanzar su potencial fue increíble. Sin su oratoria, organización y activismo, la huelga nunca habría llegado tan lejos.

Nunca olvidaré a mi gran amiga Anne Lilburn, descrita como un ama de casa de Hadston, que alcanzó prominencia nacional compartiendo tribuna con los mejores oradores del país: Tony Benn, Dennis Skinner, Rodney Bickerstaffe, Arthur Scargill y muchos más. Nunca parecía fuera de lugar. Tampoco debemos olvidar los esfuerzos de quienes organizaron los piquetes y distribuyeron alimentos y artículos de primera necesidad.

Las similitudes resuenan en las protestas de hoy. La gente corriente pasó al activismo y la oratoria al ser incapaz de hacer la vista gorda ante la injusticia. Los ataques provenientes de los altos cargos políticos, amplificadas por la prensa sensacionalista, no son más que una muestra de su terror ante el hecho de que la gente corriente vuelva a organizarse.

Al no haber una paga formal por la huelga para los mineros, nuestros esfuerzos se sostuvieron con el suministro de un par de cigarrillos, una taza de café y un sandwich de queso. Como no fumo y no me gusta el queso, me conformaba con el café. Los mineros eran creativos a la hora de mantenerse. Mi rama, por ejemplo, había comprado un campo de patatas en el norte de Northumberland, cerca de Seahouses, organizando viajes para que los mineros en huelga recogieran la cosecha y subvencionaran su mermada dieta. Las disputas de hoy también encontrarán su desahogo creativo.

Siempre recordaré el conmovedor acto de bondad de los pobres mineros de la Sudáfrica del apartheid, que renunciaron a la paga de un día por sus compañeros del Reino Unido. Ese cheque permaneció sin cobrar y enmarcado en la pared del cuartel general de los mineros

en Barnsley, recordándonos su bondad y el vínculo que existe entre los trabajadores de todo el mundo. Mi propia familia fue apadrinada por sindicalistas noruegos que se comprometieron a que no pasáramos hambre, y nunca olvidaré los presentes de alegría navideña que aterrizaron en la cuenca minera por cortesía de la CGT en Francia.

Los lazos de solidaridad entre los movimientos sociales del Reino Unido no deberían olvidarse nunca. La película *Pride* recoge la solidaridad del movimiento LGBTQ, pero también de las comunidades de color. Y mientras el Partido Laborista sólo hacía declaraciones de solidaridad con la huelga desde arriba, no se podía subestimar el apoyo recibido de los políticos locales y los ayuntamientos.

El Partido Conservador siempre trató de definir a un enemigo interior. La causa que defienden puede haber cambiado, pero su política destructiva necesita de un «otro» hacia el que dirigir la división y el odio. El Partido Laborista no debe dejarse arrastrar por sus intentos desesperados de dividir a nuestra nación. Los movimientos de protesta de hoy deben seguir construyendo los lazos de solidaridad que llevaron a los mineros tan cerca de la victoria durante nuestra lucha. Esto debe extenderse a la búsqueda de solidaridad en comunidades como la mía y nosotros devolver ese apoyo inequívoco que recibimos durante nuestra batalla a principios de los 80.

Parafraseando los lemas de las pancartas de antaño: juntos podemos cambiar el mundo para mejor, pero divididos caeremos.

Jacobinlat

<https://www.lahaine.org/mundo.php/el-rostro-cambiante-del-enemigo>